



Teléfono 22601. - Secretaría 25. - Piamonte, 2 (Casa del Pueblo)

Año XXIX || Todos para uno = Octubre de 1937 = Uno para todos || Núm. 395

A MODO DE BALANCE

Largo y penoso es el lapso de tiempo que, debido a las circunstancias, no hemos comparecido públicamente ante nuestros asociados a rendirles cuenta de nuestra actuación; pero, a pesar de ello, creemos que nuestra conducta al regir los destinos de la organización de Albañiles se ajustó en un todo a la línea marcada por vosotros en las últimas asambleas celebradas, las cuales nos apresuramos a convocar en el primer momento en que nos fué posible, y en las que de una manera patente se puso de manifiesto el deseo de nuestra masa de una franca inteligencia, sincera, entre los sectores marxistas componentes de aquélla.

No repuestos del desgaste natural que significa vivir en la clandestinidad por espacio de muchos meses, a la que nos arrojó la represión por el glorioso movimiento de octubre de 1934, en el que pusimos todo nuestro calor, como demuestra la gran cantidad de asociados nuestros que fueron víctimas de los primeros síntomas de que el fascismo español daba señales, el período que pudiéramos llamar de transición, hasta el 16 de febrero ocasionó a nuestra Sociedad cuantiosas pérdidas. Momento hubo que éstas fueron objeto de la preocupación de los que al frente de aquélla nos encontrábamos. El descenso de nuestros efectivos era abrumador, alarmante, hasta el extremo que éstos no cuajaban la cifra de los 3.000. En este aspecto, hoy, sin descuidar la depuración de nuestras filas y con un severo control en los ingresos, podemos presentar un halagüeño progreso. Reconquistamos lo perdido, consiguiendo que nuestras filas rebasen los 9.000; pero, a pesar de todo, la voluntad se imponía, y cuando ésta quiere se impone a todo, como afortunadamente ocurrió. Negar que tuvimos defeciones es pueril; pero lo fueron en corto número, afortunadamente, y lo lamentable es que algunos de éstos fueron de los que más obligaciones para con la organización tenían. Mas llega febrero, y con él, el triunfo, la reconquista de la República, que nunca, si no hubiera sido por la traición, pudo haber sido perdida, y éste devuelve la razón a aquellos que, creyendo fácil el triunfo de la reacción en nuestro país, la perdieron, haciéndoles perder la confianza en sus órganos de defen-

sa: organizaciones sindicales y partidos políticos de clase. Para orgullo nuestro, la actividad de nuestra Sociedad no llegó ni un momento a estar paralizada. Estuvimos en contacto con todo aquel que se lo propuso, y nuestra Sociedad cumplió sus compromisos puntualmente. Los innumerables presos y sus pensionados, entre otros, son testigos de mayor excepción.

Como anteriormente decía, con el triunfo del Frente popular llega el retorno a nuestras filas de aquellos que por temor o falta de convicción las abandonaron en los momentos en que más necesaria era su aportación a ellas.

Treinta mil trabajadores purgaban en las prisiones españolas el delito de haberse sublevado contra el intento de instaurar en nuestro país un régimen que hoy, en aquellos pueblos en que impera, ha dado pruebas de su vesanía, y estos trabajadores, luego arrepentidos, con su flaqueza y con su huida permitieron crear empresa fácil a las hordas fascistas de nuestra nación su triunfo.

¡Ah!, pero octubre... Su semilla no fué baldía, y los 30.000 prisioneros habían de erigirse en acusadores de la política desastrosa y criminal de un Poder que, sobre todo en la mártir Asturias, había ocasionado las víctimas por millares.

Y en estas condiciones surge de nuevo la potencia de nuestra Sociedad, no solamente numérica, sino moral, que es lo que más nos interesa, y pruebas de ello da el resultado de los acuerdos que en sus escasas asambleas recaen.

«Todo por la unidad de la clase obrera», es nuestro lema, y a ella nos entregamos con la nobleza característica en los albañiles cuando se trata de reformar el contrato de trabajo por el que nos regíamos en aquel entonces. Que hubo equivocaciones al tratar de la mejora de éste, nadie lo duda. Frente a nosotros, frente al ramo de la construcción, existía una escisión, creada sin duda alguna por equívocas actuaciones pasadas, cuyos responsables no habían de pechar en los momentos aquéllos con sus consecuencias, y la incompreensión de ésta estuvo a punto de producir choques entre la clase trabajadora de nuestra industria, precisamente en los

momentos en que la unidad, a la que habíamos prestado nuestro más ardiente entusiasmo, era más necesaria.

El fascismo, al que nuestra cerril clase patronal estaba entregado, acechaba el momento más propicio para lanzarse contra todo el pueblo, sin distinción de carnets sindicales, y a punto estuvo de aprovechar nuestras luchas intestinas para asestar su zar-pazo.

En esta etapa, en la que procuramos no perder el contacto con nuestros asociados, como lo demuestran las asambleas en el teatro de nuestra Casa del Pueblo y en el cine Madrid, creímos y seguimos creyendo interpretar el sentir de nuestros asociados al aceptar el laudo que, sin menoscabar nuestro deseo de mejoramiento, ponía fin al pleito que nuestra causa sostenía con aquella clase patronal facciosa, a la que se favorecía con la prolongación de la huelga.

Llega el 18 de julio, y con esta fecha se borran las diferencias que entre nosotros pudieran existir. La comprensión de la clase trabajadora adscrita a las dos centrales sindicales la hace comprender que el enemigo es común para ambos, y que en caso de triunfar éste no ha de hacer distinciones del color del carnet para saciar su apetito de venganza.

El comienzo del movimiento nos sorprende cuando tratábamos de buscar el contacto con vosotros de nuevo. No le rehuíamos, como ha sido siempre nuestra norma; pero las circunstancias mandan y a éstas nos rendimos. De la iniciación de aquél a la fecha, toda nuestra actuación ha sido pública, desde aquel día célebre del mes de octubre en que, siguiendo normas señaladas por nuestra Federación, os convocamos en los arrabales de Madrid, y que como un solo hombre acudimos todos. Hasta la fecha cumplimos siempre con nuestro deber. Nuestro oficio se entregó por completo a la guerra, y esta Junta directiva acudió a tantos llamamientos como se le hicieron, dando tantos nombres como se le pidieron, como, por ejemplo, ocurrió con los primeros comisarios políticos. Algunos componentes de la Directiva se encuentran en el desempeño de esta misión, y otros, si no lo han hecho así, se debe a que no fueron requeridos, a pesar de que sus nombres fueran facilitados.

Aquellos días, en que la natural penuria económica de nuestros aso-

ciados — no conviene olvidar que les sorprendió la tragedia después de largas semanas de falta de salarios por la huelga antes mencionada — produjo cierto malestar, fueron seguidos por otros en el que el espíritu combativo de nuestra Sociedad se puso de manifiesto, y basta recordar las concentraciones de la Ciudad Universitaria, en las que nuestro oficio dió el más fuerte contingente. Hoy ya, encuadrados de una forma regular, más de 4.000 camaradas nuestros forman parte del Ejército popular, como prueba de que aquel entusiasmo demostrado en los primeros momentos no era fugaz, sino hijo de una convicción firmemente arraigada de que su puesto estaba en la defensa de las libertades, amenazadas por quienes desconocían el espíritu del pueblo productor, que sabía lo que se jugaba en el combate a que fué lanzado.

Del entusiasmo y desinterés que nuestra Sociedad puso da idea su cuadro necrológico: más de 500 camaradas, sin contar los que dieron su sangre, que son mucho más numerosos, lo proclaman. Para todos nuestro recuerdo y admiración más sincera, y la promesa de contribuir al triunfo de nuestra causa, para que sus descendientes recojan el fruto tan costosamente fertilizado y que les mitigue el dolor que siempre causa la pérdida del sér querido.

El problema cultural fué atendido en la medida que nos fué posible. Miles de volúmenes fueron unos entregados a Cultura Popular para su distribución a los hospitales y frentes, y otros llevados personalmente a los camaradas adscritos a las diferentes unidades militares. Nuestro periódico EL TRABAJO caminó tanto como pudo trinchera tras trinchera, y en él procuramos recoger el latir de los combatientes en su célebre ya, aunque joven, «Voz de los Frentes», reflejo del deseo de nuestros asociados de compatibilizar el manejo del arma que ha de vencer al invasor con el de la pluma, que bien esgrimida también contribuye a este fin.

En la medida de lo posible procuramos no perder el contacto con los que en cumplimiento de su deber se encontraban en las avanzadas, bien procurando inculcarles ánimo, cosa que no precisaban en la mayoría de los casos, por medio de innumerables cartas y tarjetas o por medio de visi-

tas, que, aunque aceleradas, nos permitían convivir con ellos horas, que quedaban grabadas en nuestra mente por mucho tiempo.

Si en este aspecto no ha sido más intensa nuestra labor fué unas veces por falta material de tiempo y otras achacables al escaso transporte de que disponemos.

En el aspecto de ayuda, de adhesión a los poderes que, dimanados del Frente popular, se constituyeron, siempre procuramos prestarles el apoyo que nos fué posible, acatando sus disposiciones y contribuyendo a su cumplimiento con el máximo entusiasmo, unas veces en el aspecto de la orden de evacuación y otras en la de procurar movilizar a los escasos inactivos que nuestra organización tenía. Económicamente también hicimos acto de presencia cuando se nos requirió para ello, aportando cantidades para la adquisición, como homenaje al pueblo soviético, de un nuevo «Komsomol» que le reparara a este admirable país de la pérdida que al venir en nuestra ayuda le infringió el fascismo internacional; al Estado, para ayuda a los cuantiosos gastos que la guerra le origina; a la demostración de cariño y adhesión a nuestra gloriosa Arma aérea y al homenaje de gratitud que las Brigadas Internacionales nos merecía, entre otras subvenciones a las que acudimos con el desprendimiento peculiar de los albañiles de Madrid.

Este es, a grandes rasgos, un pequeño balance de nuestra actuación en este lapso de tiempo, que no cabe la menor duda de que ha sido el más movido que nuestra organización tuvo desde su fundación.

No existe Arma ni unidad militar donde los albañiles no estén representados, y si a fortificaciones nos referimos, plumas de eminentes militares han dado su opinión sobre la labor que en este aspecto desarrolla nuestro oficio, en el que se encuentran aquellos afiliados nuestros que por su edad no les fué posible la incorporación a las brigadas de choque, y que desde este puesto sirven entusiastamente a lo que hoy más interesa: a la guerra.

¡Adelante, camaradas, que al final obtendremos la recompensa a que, por nuestro proceder, nos hicimos acreedores!

Por la Junta directiva: El secretario accidental,

Antonio ALBA

¿Por qué luchamos?

Otra vez corre mi torpe pluma por encima de unas cuartillas con el fin exclusivo de ponerme en contacto con vosotros, camaradas albañiles.

Sé positivamente que con mis artículos no descubro ningún nuevo mundo. Pero yo tampoco sueño con esto. No tengo más sueño, que pronto se convertirá en una realidad, que el de estar todos abrazados bajo el sol de la justicia, disfrutando el bienestar que habremos ganado con las armas más poderosas de que disponemos los trabajadores: derecho y justicia.

No soy escritor ni orador; pero ¿quién no se siente orador y escritor ante el porvenir que nos aguarda, ante este amanecer limpio y puro en que los trabajadores contemplando su gran obra, muestran en sus semblantes la honda emoción de haber construido una España tan grande

que, sobrepasando sus fronteras, se acerque a los proletarios de todos los países para ofrecerles este bienestar, que sólo se puede disfrutar en pueblos donde no impere el capitalismo?

Yo, que desde niño he sido enemigo encarnizado de la guerra, en esta ocasión, como todos vosotros, he tenido que aceptarla. Y no la hemos aceptado por capricho. Hemos ido a ella en contra de nuestra voluntad, con el fin exclusivo de defendernos, primero, de los generales traidores, y ahora, de los criminales invasores, que, no contentos con aniquilar al proletariado de su país, quieren tender sus tentáculos sobre el suelo español para saciar sus apetitos sangrientos sobre víctimas inocentes.

Pero los trabajadores españoles les están demostrando de una manera contundente que no son fáciles de reducir, que tienen una moral tan elevada que acabarán de una vez y para siempre con quien intente arrebatarles sus libertades. El espectro del fascismo, ante el empuje de nuestras bravas Milicias, primero, y de nuestro glorioso Ejército popular, después, quedará reducido a una simple visión óptica, incapaz de asustar ni a los párvulos de una escuela primaria.

Recuerdo lleno de emoción aquellos días gloriosos del mes de julio del año 1936 en que los militantes de los partidos y organizaciones obreros, llenos sus pechos de entusiasmo (entusiasmo que a través de catorce meses de guerra se ha ido multiplicando y acrecentando), empuñaban valientemente las armas para reducir a los que traicionaban una vez más a su patria, después de jurar ante su Dios que derramarían la última gota de su sangre en defensa de los que trataran de invadirla.

Recuerdo, no menos emocionado, los días del mes de noviembre en los que el fascismo dejaba marcadas sus huellas por los sitios que pasaba, y en los que ante las puertas de Madrid se formó esa barrera de pechos acorados, sin más armas, en esta ocasión también, que el entusiasmo de la defensa de una causa tan noble como la nuestra.

Recuerdo también que mientras el proletariado español se sangra en defensa de la democracia mundial los países democráticos cierran sus fronteras al Gobierno legítimo de España, dejando libre el juego a Franco y a sus aliados, sin pensar que nuestro porvenir será el de ellos. O con nosotros se salva la democracia mundial, o con nosotros se hunde en el caos fascista.

Por eso yo invito a los países democráticos a que se definan de una vez. O son amigos de la democracia o son enemigos de ella. Medias tintas a estas alturas, en las que se ventila una cosa tan importante, no caben.

Si son amigos de la democracia, que lo demuestren con sus actos, no con discursos, que es llegada la hora de hablar menos y hacer más. Que nos demuestren con su ayuda moral y material que están al lado nuestro y que sienten nuestra causa de manera real y no ficticia.

Si, por el contrario, no sienten nuestra causa, que lo declaren también, que por eso no desmayaremos. Ahora, lo que no podemos consentir es que, con capa de amigo, se nos esté traicionando.

Tenemos fe ciega en nuestro triunfo. Contra todos los que nos hacen la guerra lucharemos hasta vencer, por

muy fuerte que sea el enemigo. Cuanto más difícil sea la victoria, mayor placer al disfrutarla.

Y cuando esta victoria esté conseguida se la ofreceremos al mundo entero, porque será de todos los proletarios, que con ansia, desde sus países, nos siguen en nuestra lucha.

Os prometemos, camaradas de todo el mundo, que no transcurrirá mucho tiempo sin que el proletariado español, demostrando al fascismo internacional su capacidad, os ofrezca una España limpia de reptiles y abrirá sus brazos a todos los oprimidos.

F. G. ACOSTA

Divagaciones ante el próximo Comité nacional de la U. G. I.

Si grande fué la importancia de la última reunión del Comité nacional de nuestra central sindical, por los puntos que se trataron y los acuerdos que recayeron, excepcional trascendencia ha de tener el próximo Pleno.

En el último celebrado se marcaron normas y conducta a seguir en determinados asuntos. No entra en nuestro ánimo señalar en qué proporción han sido respetados y cumplidos las decisiones y acuerdos del último Comité nacional. Eso quien tiene derecho y autoridad para ello será el encargado de hacerlo.

Grande sería la satisfacción de los viejos militantes del Partido Socialista y de la Unión General de Trabajadores al apreciar que la Comisión ejecutiva había cumplido a satisfacción los mandatos y orientaciones del organismo superior: Comité nacional. Pesadumbre, y muy grande, hemos de tener si ha faltado a ellos.

Por esta razón, esperamos con ansiedad, justificada por la preocupación de estos momentos graves por que atravesamos, cuál pueda ser la suerte de la Comisión ejecutiva de la Unión General de Trabajadores al reunir nuevamente a su Comité nacional.

¿Ensañamientos? ¿Persecuciones injustificadas? ¡No! Eso lo podrán hacer centrales sindicales opuestas a la nuestra o partidos políticos que no sean el Partido Socialista; pero a nosotros nos da coraje que a nuestra central sindical se la puedan probar errores justificados y de bulto. Gran alborozo sería el nuestro si nosotros pudiéramos aplicarnos, con toda la justeza de las palabras, que éramos los más, los mejores y los que nunca nos equivocamos.

Tras de esto vamos. Este fin perseguimos. Nuestra crítica es noble y está fuera de toda pasión. Siempre ha sido una medida muy acertada recoger las advertencias de una crítica leal para corregir errores cometidos. ¿O es que alguien puede creerse infalible?

Creemos que algo de lo realizado se ha hecho de forma anormal y con graves consecuencias para nuestros intereses políticos y sindicales.

A ese pacto elaborado por nuestra Comisión ejecutiva y el Comité nacional de la C. N. T., ¿no le falta algo que es esencial en estos momentos?

Contra el Sindicato de Artes Blancas y contra ciertas Federaciones de industria, ¿se ha tomado una resolución justa y reglamentaria?

¿Ha sido acertada la posición de la Comisión ejecutiva negando su firma al documento que el Comité de Enlace dirigía a las Internacionales?

¡Ah! De estas dudas nos sacará la próxima reunión del Comité nacional. El contestará a las preguntas que anteceden. Nuestra discreción nos impone insinuar el tema sin entrar en el comentario.

Son momentos de responsabilidad para todos. Ni los más altos ni los más inferiores podemos apartarnos del cumplimiento de nuestro deber. Siempre se han de tener en mucha estima las decisiones y acuerdos de los organismos que tienen autoridad para imponerlos, y aunque nos duele, no existe más camino que aceptar los mandatos de las masas que representamos o dejar los cargos dirigentes.

¡Ojalá, para bien de todos, esté tan bien planteada esta cuestión que no haya motivo, cosa que no creemos, de discrepancias, más o menos apasionadas!

Reiteramos nuestro deseo de que esta próxima reunión de nuestro Comité nacional lleve aparejado, para bien de todos, un afianzamiento de prestigio que permita alejar, en espíritus timoratos o malévolos, la creencia no de un desmoronamiento de nuestra central sindical, como sueñan algunos, pero sí de un cambio de táctica sindical y política, que alguien espera para poder marcar un fracaso en la vida larga y en la trayectoria firme y serena de nuestra gloriosa Unión General de Trabajadores.

Y que conste, de una manera que no haya lugar a dudas, que nunca habrá sido tan sentida una decisión que viniera a alejar de los cargos representativos a hombres dignos, por todos los conceptos, de nuestro máximo respeto, adquirido a través de toda una vida consagrada a la lucha por la redención de la clase trabajadora.

El regocijo con que ha sido acogida por algunos sectores la publicación de dos documentos, el uno sindical y político el otro, no nos satisface.

En todas las ocasiones, cuando hemos recibido plácemes y alabanzas del adversario siempre nos han escamado. Eso existe ahora, y sería muy conveniente contrapesar en una balanza fiel en qué proporción han contribuido con sus injurias y desprestigios a la Unión General de Trabajadores y al Partido Socialista los bandos que en este momento reparten halagos a determinadas tendencias de nuestras posiciones políticosociales. «Si me dan a escoger, sin ninguno me quedo.» Eso dice un adagio antiguo y eso piensan muchísimos camaradas, que no se atreven a decirlo en voz alta.

Claro que perseguimos algo de tanta importancia que nos impone la obligación de olvidarnos de muchas cosas que difícilmente, a no ser en estos momentos, podrían tener olvidado.

Hagamos el máximo esfuerzo por conseguirlo; pero seamos un poco sinceros. No nos engañemos. Es ya demasiado el tiempo transcurrido para que, si no existieran obstáculos algo difíciles de vencer, se hubiera llevado a feliz término lo que tanto se ansía: un solo partido político y una sola central sindical.

Mientras esto llega, enjuiciemos nuestros asuntos sin partidismos y con la máxima serenidad. No nos guiemos de la pasión, que es mala consejera, y que al nublarlos el entendimiento y la razón nos llevaría a una catástrofe difícil de reparar una vez producida.

Antonio GANCEDO

LA VOZ DE LOS FRENTE

Compañeros de fortificaciones: ¡Unidad!

Los enemigos de la unión proletaria mascullan adjetivos fuertes contra la unidad de las dos centrales sindicales; pero lo hacen en silencio, o bien atrincherados tras el barniz cobarde de la imposibilidad de realizarlo por ahora.

Conocemos el juego, y hasta los personajes que lo realizan. Hay quien no cambia. Los tumbos no le sirven para nada. Son peores, en este aspecto, que los propios asnos. Los saboteadores de la unidad no hacen lo que los burros. Caen una vez, y otra, y otra.

A pesar de este sabotaje inicuo, la alianza va tomando cuerpo. Arraiga cada día más, y esto es lo interesante: que los que han de hacerla se entiendan, que comprendan el valor de ella y afirmen cada vez más sus lazos. Lo otro no pasa de ser pura filfa. Manías de los metidos a redentores. ¡Que aprendan esa serie de voceadores a tanto la línea de la limpieza moral de los de abajo! ¡Ah! Muy sencillito. Pues porque el día que los trabajadores se entiendan morirán los principios por los cuales se rige la sociedad de los privilegiados. Caerán los dioses, se extinguirán los fariseos, perecerán los falsos redentores, y la vida entrará en una zona de quietud y respeto, de amor fecundo y constructivo.

Seamos consecuentes. Hagámonos todos a la idea — idea firme, irrevocable — de que la lucha emprendida, que nosotros no provocamos — sólo nos hemos defendido del ataque de los sublevados —, solamente terminará con el agotamiento total del enemigo de allende las trincheras.

¡Salud, compañeros!

Ángel UROSA

¡Todo un Batallón!

Seguimos nuestras visitas a los frentes, visitas que quedaron de momento paralizadas por haber ocurrido un accidente de graves consecuencias cuando se regresaba de una ellas, y que costó la vida a un compañero.

Hemos estado en El Escorial a visitar a los compañeros que se encontraban descansando del Batallón 130.º de la 33.ª Brigada, antes Capitán Condés, cuyo nombre lo han hecho glorioso todos sus componentes en las fuertes batallas entabladas con el enemigo en los frentes de Toledo. Cuando todo era desmoralización, el Batallón Capitán Condés daba muestras de hallarse poseído de una moral y una disciplina inquebrantables, y si no que lo digan los fascistas que atacaron por Robledo de Chavela, en donde se encontraron con sólo una compañía del Batallón, y que les pareció que era toda una Brigada, a juzgar por la resistencia que pusieron a su avance los del Capitán Condés.

Como ya hemos dicho anteriormente, cuando los hemos visitado se encontraban descansando, después de una larga temporada en los parapetos, sin importarles si había

relevos o no. Ellos sólo se preocupaban de estar cara al enemigo, para en el momento en que trataran de moverse caer sobre ellos y aplastarlos como a unas alimañas; esto mientras no había orden de avanzar, pues cuando ésta llegaba allí estaba el 130.º Batallón para lanzarse sobre las trincheras enemigas como una tromba, sin vacilaciones de nadie. ¡Cuánta sangre ha costado a este Batallón el entusiasmo y decisión con que actúan ante el enemigo todos sus soldados y oficiales!

Hemos conversado con los compañeros albañiles que están en el Batallón, y todos ellos se hallan poseídos de un gran entusiasmo y de una gran moral, manifestando estar dispuestos todos ellos a dar su sangre hasta el total aniquilamiento del fascismo cruel y sanguinario.

Hablamos con el Comandante del Batallón, asociado nuestro. Se encuentra entusiasmado de sus oficiales y soldados por su disciplina y valentía, comprometiéndose a ir con ellos a cualquier sitio, por responder en todo momento ante el enemigo de una forma eficaz y decisiva, pues en varias ocasiones, como ya se ha dicho, han demostrado su arrojo tomando posiciones enemigas a punta de bayoneta y a explosiones de bombas de mano, manejadas éstas con habilidad insuperable por los grupos de dinamiteros del Batallón.

Da gusto observar en este Batallón la camaradería existente entre los mandos y los soldados. Todos se comprenden y se ensalzan mutua-

mente, sin regatear nada de sus méritos a nadie, y al mismo tiempo hay una crítica sana de lo malo que pudiera hacer alguno; pero esta crítica se hace sin segundas intenciones y sin ánimo, por lo tanto, de molestar a nadie en lo más mínimo. Este modo de proceder hace que en este Batallón tengan la compenetración que tienen los soldados y las clases.

Hicimos reparto de periódicos y libros, los que fueron acogidos con gran entusiasmo, así como nuestro periódico EL TRABAJO, el cual se repartió primero entre los asociados y después a los demás compañeros, recibiendo todos con agrado y alegría; los asociados, por tener el órgano de su Sociedad en las manos y por él enterarse de la marcha de la misma, y los demás, por ver en él un periódico de Sección, que más bien parece un gran diario por su formato y por los artículos de gran fondo en que plumas autorizadísimas de nuestra Sociedad enfocan los problemas de vital importancia para el proletariado español, con un criterio justo, sin molestias para nadie, con una altura de miras que hace que de todo el periódico emanen aires de verdadera unidad, y esto hace que todos los compañeros, cuando nos acercamos a los frentes, acojan el periódico como lo hacen, pues no ven en él insidias contra nadie y sí un ánimo de antemano predispuesto a que las dos centrales sindicales y los partidos políticos se unan en un fuerte abrazo de unidad sindical y política.

¡Viva Madrid, que es mi pueblo!

Una palabra al oído, y, ansioso de libertad, invade el pueblo las calles con ansia de pelear.

Con cuatro escopetas viejas y la fe en el ideal, el cuartel de la Montaña el pueblo llegó a asaltar.

Después, el del Campamento, Vicálvaro y Alcalá, entrando en Guadalajara con ímpetu sin igual, dando muerte a los traidores y sabiendo respetar a los soldados del pueblo, que, contra su voluntad, les habían obligado el uniforme dejar, para que los señoritos, que se supieron librar de servir a nuestra patria cuando tuvieron la edad, se pusieran ese día la ropa de militar que les sirviera de escudo, tratando así de engañar al pueblo, que tantas veces engañado habían ya.

Como allá en el año ocho, Madrid con coraje va a dar la vida, que vale menos que la libertad.

Que sin libertad, un pueblo nunca llegará a alcanzar ni cultura ni justicia, que ambas puestas a la par evitarán que retornen, por bien de la Humanidad, ningún Fernando ni Alfonso, para volver a colgar del cuello de los esclavos las cadenas. Que jamás habrá quien eso tolere, ¡pues esclavos ya no habrá! Que el pueblo tendrá el Gobierno que él mismo se quiera dar.

Mas para esto es preciso tener amplia libertad

(más nunca libertinaje, los conceptos no cambiar); pero para conseguirla, cultura es lo principal; porque siendo todos cultos (aunque sin saber hablar) conseguiremos en breve un régimen implantar donde no haya vividores, charlatanes y demás, y aquel que quiera comer, que tenga que trabajar en el taller u oficina, en el campo, en el telar; allá do sus aptitudes pueda mejor emplear.

El hecho es que no haya nadie que coma sin trabajar; mas con ser esto tan grande, Madrid es bastante más, porque Madrid siempre ha estado, está, y siempre estará, do la justicia reclame su presencia, y nada más. Que Madrid, cuando hay peligro, hacia el peligro se va, sin miedo a los italianos, ni tampoco al alemán.

Ser de Madrid es orgullo, porque sabe pelear, porque sabe pasar hambre, si la hubiese que pasar, y sacrificarse en todo antes que dejar pasar por sus calles un faccioso.

¡Antes hacer un solar de esta gran urbe, que ejemplo al mundo entero le da, y que las demás naciones heroico le llaman ya!

La pasión me lleva lejos, no me puedo dominar; mas me creo con derecho para yo poder gritar: ¡Viva Madrid, que es mi pueblo, que jamás se rendirá!

Vicente ARROYO

Esto lo desean los camaradas que hayen en el frente, y así lo manifiestan ellos, pues dicen que lo mismo que en las trincheras no hay diferencias ideológicas, en la retaguardia tampoco debe haberlas, y si una compenetración entre todos los sectores políticos y sindicales, para ir construyendo sobre la victoria de las armas la España que todo antifascista desea: una España próspera, feliz y alegre en donde el proletariado no tenga que soportar la explotación del capitalismo.

Por esto ellos luchan con todo entusiasmo y desean que en la retaguardia se haga lo mismo: se trabaje con intensidad en beneficio de la guerra y se lime toda la clase de asperezas existentes, que al parecer se va haciendo en algunos sectores de la España antifascista.

Y yo digo a los compañeros del 130.º Batallón, y al mismo tiempo a los demás camaradas de todos los Batallones, y en particular a nuestros asociados: La Sociedad de Albañiles El Trabajo ha hecho, hace y hará todo lo posible por que nuestras aspiraciones de unidad sean realidad lo más pronto posible, y luchará en torno a este problema con la misma fe y el mismo entusiasmo con que vosotros lucháis en las trincheras. Así es que, camaradas, a luchar con coraje y ardor, poniendo en la punta de nuestros fusiles todas nuestras aspiraciones y con ello venceremos al despótico y criminal invasor, y después, sobre las ruinas de nuestra España, haremos otra mucho mayor y más resplandeciente, en la que nuestros hijos tendrán un porvenir halagüeño, pues se encontrarán libres de toda clase de contaminaciones clerical-fascistas, y crecerán y se desarrollarán fuertes y sanos, y ellos darán una vejez alegre y feliz.

¡Camaradas! Empuñar con ahínco el fusil, la bomba o la ametralladora lo mismo que antes empuñabais el arma del trabajo, la herramienta, sabiendo que era para enriquecer al burgués miserable, y ahora esa herramienta de trinchera es para libraros de esa lacra burguesa y defender nuestro suelo de la bota del invasor. Así es que, camaradas, a luchar con fe y con coraje por una vida llena de dichas y alegrías.

J. L.

Enseñanza y gratitud

Rápido se desliza el carruaje que nos conduce al frente que visitamos esta vez, y rápido y cariñoso es el saludo que cambiamos con todos los camaradas que a nuestro paso encontramos en el mismo.

La emoción raya en lo indescriptible cuando se nos explica por nuestro buen amigo el Capitán Ildefonso la utilidad y el rendimiento de los carros de combate, verdaderas moles blindadas que, a pesar de su lentitud, son en todo momento el parapeto más útil y más preciado para nuestra infantería cuando se inician los avances.

¡Ah! ¿Y el esmero con que les tratan sus ocupantes, conductores y operadores? Ello es una cosa verdaderamente asombrosa. Perfectamente engrasados, inteligentemente

ajustados en todo momento y limpios como los chorros del oro, dan la sensación de tenerlos dispuestos para uno de aquellos antiguos desfiles militares de bombo y platillo, donde la traición y la inercia de los mandos corrían pareja con lo «chic» y lo elegante de sus aparatos y sus vestidos. Pero ahora no es así.

Ahora se limpian y se cuidan poniendo el alma, porque en ello va la vida de nuestros heroicos combatientes y de la España leal.

Para ello se eligen hombres prácticos, decididos y de contextura física a toda prueba. Sano el cerebro y sano el pulmón para resistir en todas las jornadas la temperatura del interior de la torreta, por donde lanza la tormenta de fuego, que siempre pone en dispersión al enemigo. Sano el cerebro y sano el pulmón, igualmente, para resistir los efectos producidos por la alegría de un triunfo o el desconsuelo de un revés, ya que todos no son de aquéllos.

La curiosidad de sacar una información completa, sin declaración en ella de datos indiscretos e imprudentes manipulaciones, me lleva a considerarme a mí propio, guiado por una ilusión pasajera, aspirante a técnico en la materia, y solicito autorización para el acceso a la torreta con el propósito de examinarla; pero cuál no sería mi sorpresa al cerciorarme de que a quien había solicitado dicha autorización era a mi único acompañante en aquel momento, el hermoso carro triunfal de combate, pues todos los camaradas, con muy buen acierto, marcharon a visitar a otros que a pocos metros se hallaban cuidando igualmente del aseo de otros aparatos.

¿Acaso no me quiso contestar el oruga porque sabía que yo no era su enemigo? También los carros de combate tienen su inteligencia. Y si no, que digan los traidores e invasores si les contestan cumplida y automáticamente.

Corro a contarles mi aventura, y las risas se desbordaron hasta el extremo de que creía que el segundo carro se había transformado en mole humana y se movía de satisfacción. Camaradas, fué un descuido.

Hombres de temple, hombres robustos y alegres, hombres disciplinados como los tanquistas a las órdenes del valiente capitán Ildefonso, que alcanza la graduación palmo a palmo en la lucha, son los que necesita nuestro Ejército popular para hacerse digno de su hermano, el ruso inmenso.

—Grata impresión la recibida hoy, como otros muchos días—, le digo al compañero Alba y demás acompañantes, a un lado del comedor, en el que no existen ni plazas privilegiadas, ni comidas especiales para nadie. Allí el capitán, los tenientes y todos los mandos militares, así como el comisario político y el camarada médico, se hallan confundidos entre sus hermanos los soldados. Es un rato de emoción sublime.

—Parece aquéllo. Me creo que estoy allá— me insinúa Alba, refiriéndose a la hermosa Rusia, que tuvo la suerte de visitar—. Todo es español, y, sin embargo, todo parece copiado de allí: procedimientos y disciplina.

En los ratos de distracción, que también los hubo, imperó igualmente la camaradería y el respeto mutuos, de arriba abajo, y viceversa.

Suena la voz del mando, sin necesidad de forzar la garganta, para la reincorporación a sus puestos respectivos, y como autómatas se disgregan o se reconcentran los mandos inferiores inmediatos, y al punto ésta queda cumplida a satisfacción.

¡Rusia! ¡Rusia! Nosotros te idolatramos. Queremos y sabremos imitarte. Vive tranquila y feliz en cuanto a nosotros se refiere, pues con la sangre generosa y limpia de los hombres buenos de este pueblo se está forjando un ejército disciplinado e inteligente como el tuyo.

A éste, en justicia, le llamarás muy pronto tu hermano pequeño; porque todas las unidades, todos los Cuerpos de ejército y todos los grupos de éste están imitando al Batallón de carros de combate del frente que hoy hemos visitado.

A ti llegará, aunque estás lejos, y a todos los nuestros también, un saludo fraternal de la Sociedad de Obreros Albañiles de Madrid El Trabajo (U. G. T.).

Manuel PARAZUELOS

Para alcanzar la victoria hace falta valor y disciplina

Camaradas de nuestra organización y de todas las demás que lucháis en las trincheras: Vaya para todos un saludo de este compañero vuestro y vaya también un recuerdo para todos aquellos compañeros que lucharon como héroes para caer y no levantarse más, dando su sangre generosa, como siempre la dieron, por nuestra organización.

A vosotros, jóvenes de la organización a la que me honro pertenecer, os dedico estas toscas palabras por si tenéis a bien tomar un consejo: que para alcanzar la victoria es necesario en estos momentos el valor y la disciplina. Son los dos factores que hacen falta, y vosotros, que habéis escrito páginas gloriosas en la historia de nuestra querida organización, obedeciendo las órdenes que por conducto de nuestra Directiva nos daba, por alcanzar unas migajas de pan para llevar a nuestros hogares, hoy, que nos estamos jugando la vida, no solamente por defender esas migajas de pan, sino por algo más grande, que es por la independencia de España, de esa España que nosotros tenemos el deber de implantar, no tenemos más obligación que tener valor y disciplina, y tener ciega obediencia al que nos esté mandando, pues es el único medio para alcanzar la victoria, lo mismo que obedecíamos las órdenes de nuestra Directiva.

Victoria que a nuestra organización le corresponde la parte que se merece por ser una de las organizaciones que más está contribuyendo para ello y por ser una de las que mayor número de hombres ha podido disponer y de los que más disciplinados han sido para acatar las órdenes que nuestro Gobierno del Frente popular ha dictado relacionadas con la guerra. Y

si hay alguien que crea lo contrario que pase la vista por encima de nuestro boletín y verá la lista de queridos compañeros caídos en el fragor de la lucha por su valor y disciplina, por luchar por un ideal, pues todos en general tenemos el deber de vengarlos hasta que exterminemos de una vez para siempre a todos los traidores farsantes y a toda esa invasión de la roña fascista extranjera que quiere a toda costa hacer de España una España de negros y verdugos bajo el mando de las hordas fascistas, para que los trabajadores tengamos que humillarnos y no poder levantar la cabeza nunca. Pero yo os digo a todos, jóvenes y antifascistas, y en particular a los compañeros de mi organización, desde las trincheras: que los que estamos en los frentes con el fusil o con un pico y pala no consentiremos que ellos pasen, porque es preferible morir con honra en los campos de batalla que volver otra vez a ser esclavos, y ahora sería bajo las órdenes de las hordas fascistas, que son los más criminales que conoce la Historia.

Por tanto, os digo que antes de arrebatarnos nuestra querida España tendrán que pasar por encima de nuestros cadáveres.

¡Jóvenes de la organización! ¡Jóvenes y viejos, antifascistas todos! A luchar con valor y disciplina, que llevamos catorce meses de maldita guerra. No desfallezcáis ni un momento. A luchar con valor y arrojo, y de esa manera pronto podremos alcanzar la victoria y poder decir al mundo entero que hemos derrotado a todos los traidores y a los mejores ejércitos del mundo, y después, a trabajar por la España que nosotros anhelamos.

¡Salud, camaradas! ¡Adelante!

Enrique ROLDAN

38.ª Brigada.

Carta a un campesino del campo enemigo

Camarada campesino: ¿Por qué luchas al lado de tus opresores? ¿No sabes que estás en el ejército de los grandes terratenientes, condes, marqueses, y de los grandes jefes de la Iglesia, que, escudándose en tu sentida religión, enseñaba a ser sumisos y obedientes a los explotadores de tus abuelos, de tus padres y de ti mismo? Todas las riquezas de estos tiranos han sido amasadas con el sudor y la sangre de nuestros antepasados y de todos nosotros, y quieren seguir viviendo plácidamente en sus suntuosos palacios, siendo dueños de todas las riquezas, de la cultura y de todas las comodidades, mientras tú y tu familia seguís en la ignorancia, en la más ignominiosa miseria, en viviendas inmundas, centros de verdaderos focos de infección de enfermedades.

Tú, que produces y cultivas la tierra, trabajando jornadas agotadoras bajo un sol africano que te fundía los huesos, eras pagado con un jornal miserable, con el que no podías atender las más modestas necesidades. No pudiendo cultivar tu poca o mucha inteligencia, tenías que ser ignorante por fuerza. Así les convenía a los intereses de los que han vivido y quieren seguir vi-

viendo del producto de los demás, mientras tú y tu familia vivís en la mayor miseria, amarrados a la tierra como un castigo eterno.

¿No te avergüenza, como explotado, como español, luchar en unión de los italianos y alemanes, que han invadido nuestra patria para arrebatarnos nuestras riquezas y nuestra independencia?

¿No comprendes que a tu familia se le hace trabajar como hacían trabajar a los esclavos de la antigüedad, levantando las grandes pirámides de Egipto, sin jornal, sólo por una comida deficiente y mala?

¿No comprendes que tú estás mal pagado, mal vestido y mal alimentado?

¿No comprendes que contribuyes a formar un poder tiránico y despótico, hacer que vuelvan a renacer los tiempos de la Inquisición, en los que el cura Santacruz en nombre de Jesucristo, todo bondad y nobleza, cometía los mayores crímenes con hombres, mujeres y niños?

¿Qué diferencia de tu situación a la nuestra! Aquí ya no hay explotadores, ni terratenientes, ni banqueros que nos chupen la sangre como vampiros, que puedan enriquecerse con nuestro sudor. Los grandes cotos de caza y latifundios que tenían los grandes (vagos) de España para su recreo están en poder de los campesinos. Al pequeño propietario se le respeta su pequeña propiedad, quitándole las grandes cargas que le agobiaban, impuestas por los amigos del traidor Franco.

Nuestras familias están bien atendidas. A nuestros niños se les educa y enseña en guarderías infantiles. A todos los soldados se les da un jornal de diez pesetas, comida y ropa, para atender las necesidades de su familia, por el Gobierno del pueblo trabajador.

Creo que con esto te será suficiente para que comprendas la gran diferencia que hay de tu situación a la nuestra. Te ruego que en el momento que puedas debes pasarte al lado de los tuyos, de los trabajadores que luchan por ser libres. Aquí te recibiremos con los brazos abiertos, como hermano de explotación y español que eres. No hagas caso de las mentiras que os dicen los traidores y explotadores del pueblo trabajador.

Recibe un abrazo de tus compañeros que luchan por la libertad y la independencia de nuestra querida patria.

Silvino RUIZ

Delegado político de la 3.ª Compañía.
443.ª Batallón. 111.ª Brigada mixta.
Sector Centro.

Filtrémonos

Tanto ruido como en la retaguardia produce la tan cacareada unión políticosindical, causa de indignación y desmoralización en las trincheras. Estos camaradas, con mucha razón, se preguntan si todavía se necesita más sangre proletaria para que de una vez la charlatanería de retaguardia no discuta, perdiendo lastimosamente el tiempo, en perjuicio de los que hacen algo práctico.

Ya sabemos todos que los buenos revolucionarios — aunque éstos estén en la retaguardia — son los que menos trabas ponen a que la fusión se realice. Son otros, Son

los que se infiltraron en las organizaciones y partidos políticos, y otros también revolucionarios veteranos, pero que nunca sintieron el ideal de emancipación.

Mucho fué criticada la C. N. T. cuando a granel acogía en su seno a todo aquel que era un desecho de otras sindicales y gentes que por su vida pasada eran sospechosos de ser fascistas. Esto no significa una acusación, ni mucho menos, para la sindical hermana. Otras también, quizá en menos proporción, albergaron y albergan inconscientemente algún que otro espía. Pero lo que no hay lugar a dudas — y esto nadie lo ignora — es que el Partido Comunista ha dado desde poco tiempo a esta parte grandes facilidades de ingreso, sin mirar escrupulosamente de dónde procedían, solamente con el aval de dos firmas del partido, que a la par pudieran ser otros dos tiernos y nuevos comunistas, acaparando mandos a diestro y siniestro; que no es extraño que cualquiera de éstos nos resultara un poco contrarrevolucionario de muchísimos voltios. Esto contrasta de manera sorprendente con el comunista ruso, que para pertenecer al Partido hay que merecerlo con méritos más que suficientes para aprobar su ingreso.

No quiere esto decir que las traiciones de retaguardia en Santander, en Bilbao y otros lugares hayan sido de una u otra sindical, o de este o aquel partido político. No. Pero lo que no hay lugar a dudas es que estos hechos se repiten cuando más confiados estamos y que, por lo general, salen de nuestros propios senos. ¿Culpas? Nuestra. Porque en vez de discutir memorias de retaguardia, de si yo tengo razón o no la tengo, debiéramos cuidar más de nuestros filtros de ingresos y cargos. Procurar que sus pozos estén bien purificados y no echar en olvido que éstos se agrandan dejando paso a toda inmundicia humana, pudiendo llegar el día en que nos asfixie si antes no le aplicamos un desinfectante y nuevos filtros para que todos, absolutamente todos, pasemos por él y quedemos purificados. Hasta aquellos que nos creemos limpios de conciencia; pero que si nos pusieramos la mano sobre el corazón sentiríamos que éste nos delata por no cumplir con nuestro deber. El deber de la unión sagrada que nos reclaman los que están en las trincheras, porque saben que no tienen que discutir; porque mirando al enemigo la unión queda hecha sin pronunciar una sílaba. Esto y la sangre fusionada de nuestros muertos nos obliga a ello.

Domingo VELASCO

UNIDAD

Desde que soy militante socialista he sido defensor de la unidad política y sindical de los trabajadores, por estimar que esta unidad era indispensable para triunfar en nuestra lucha contra los explotadores. Diferencias tácticas, doctrinales y de conducta lo impidieron hasta ahora. Ha sido preciso que nuestro pueblo viviese una lucha como la que sostiene ahora contra los invasores para que la clase obrera orillase discrepancias y se rectificasen posiciones doctrinales,

hasta llegar a una coincidencia circunstancial que permitiese la colaboración en la gobernación del país de todos los antifascistas.

Nosotros no abandonamos nunca la posición adoptada por nuestro camarada Largo Caballero, y compartida por la mayoría de los trabajadores, en el período electoral de 1935 y 1936 sobre la unidad política y sindical. Posición que, aunque haya gente interesada en hacer creer lo contrario, no ha sido rectificada por él. En cambio, hay otros elementos que, aparentando sentir con más intensidad el problema unitario de la clase trabajadora, no hacen otra cosa que especular con él, puesto que su conducta en la organización demuestra lo contrario de lo que dicen públicamente. Este sector del proletariado dedica atención preferente, por el momento, al tema de la unidad política, relegando a segundo término la unidad sindical. A nosotros, como militantes de un partido y de una organización sindical, nos interesa por igual la unificación en los dos aspectos, ya que si la una tiende a la formación de un partido político fuerte que sea el eje de la dirección política del país, la otra ha de formar la organización única de los productores, complemento sin el cual la unidad de los partidos marxistas sería como una cabeza sin cuerpo sobre el que sostenerse.

¿Por qué estos amigos dedican atención preferente a la unidad política, llamando incluso despechados a los que trabajan por la unidad sindical? Conviene estudiarlo. El Partido Socialista, a pesar de los esfuerzos que hace su Comisión ejecutiva, no ha conseguido resolver su problema interno, ya que éste no es, como se cree, un problema de disciplina, sino de orientación para apreciar los problemas que la hora plantea a la clase trabajadora. Este problema interno, cuya agudización ha sido fomentada conscientemente por los que ahora quieren sacar provecho personal y de partido de él, y que de haber hecho caso de sus predicas se habría producido ya la escisión dentro del Partido Socialista, son los que ahora quieren acelerar un proceso de unificación, en tanto se hace la crítica más despiadada del Partido Socialista en los Grupos de Oposición Sindical Revolucionaria, atribuyéndole un fracaso absoluto en la dirección de los Sindicatos. Estos Grupos, en su audacia, son capaces de negar la existencia del sol.

Su táctica consiste, en la hora actual, en una serie de maniobras para apoderarse de la dirección en las organizaciones sindicales, olvidándose de que estamos en guerra y de que el Partido fundador y orientador del proletariado organizado política y sindicalmente bajo la orientación marxista hace dejación de los resortes que puede utilizar para impedir esas maniobras, dedicando el esfuerzo de todos sus hombres a la tarea suprema de ganar la guerra. Pero esta conducta ha de rectificarse, ya que a los socialistas no nos guía el prurito usurpador de dirigir una organización sindical, sino por tener pruebas evidentes del fracaso organizativo y de dirección que esos elementos cosecharon siempre en los Sindicatos. Si esto no fuese cierto, los socialistas no tendríamos inconveniente en ceder a esa presión, ya que no tenemos otro interés que el de garantizar a la organización obrera en su seriedad y efica-

cía para plantear y resolver sus problemas. No piensen en éxitos fáciles los pescadores en río revuelto. Los orientadores de nuestro Partido tienen la cabeza para pensar y jamás harán otra cosa que lo que convenga a los intereses de la clase trabajadora.

¿Por qué se mira con indiferencia a la unidad sindical? A mi juicio, ello se debe a que los unitarios de la Federación Campesina e injuriadores de Largo Caballero no han conquistado dentro de la Unión General los objetivos que su Buró Político les ha señalado para hacer de la unidad sindical el trampolín de sus ambiciones partidistas. Partidario de la unidad como nadie. Ahora bien: en el juego normal de los partidos y organizaciones obreros hay que desterrar para siempre el medio de la zancadilla, útil cuando se trataba de reñir batallas con la burguesía. Entre proletarios, no. La unidad la forjan, más que los pactos aparatosos y rutinarios, el ejemplo, la conducta y la seriedad. Un proletario debe hablarle a otro siempre con el corazón, que es el lenguaje de los pactos firmes y eternos. Unidad, sí; pero sin excluir de sus procedimientos, para ponerla en práctica, la nobleza.

L. ROMERO SOLANO

El Gobierno de la victoria

No se necesita esforzar mucho la pluma ni ser muy extenso en los escritos para que de una forma decidida, sin vacilación de ninguna clase, las grandes masas de trabajadores tengamos el pensamiento en la victoria de este Gobierno de sacrificios en pro de la causa tan noble que defendemos.

Pero conviene pararse en meditaciones, vivir y estudiar en un plano nacional los pros y los contras que el Gobierno del Frente popular tiene que allanar a través de estas condiciones, que en algunas provincias de la España leal, por temperamento individual o por mala fe, se retrasa la victoria.

Conviene escribir algo fundamental, aunque la pluma no sea muy selecta, para que la clase trabajadora nos demos cuenta de quiénes son los verdaderos responsables del retraso de esta unidad de pensamiento, para en un plazo breve ganar la batalla al fascismo y después forjar el porvenir de una España laboriosa, donde todos seamos útiles como trabajadores conscientes.

Ahora lo fundamental es ganar la guerra y no meterse en ensayos prematuros que pueden costar muy caro a la clase trabajadora.

De esta forma lograremos no desbaratar la economía nacional, y al mismo tiempo, que la matanza de nuestros hermanos de clase quede borrada de las columnas de los periódicos.

¿Qué necesitamos el pueblo español para acelerar nuestros postulados en pro de la causa que defendemos? Lo primero es suavizar nuestras asperezas y pasar de la teoría a la práctica en un plano nacional, y de rechazo, traspasar las fronteras a través de los compromisos de Congresos, donde quede bien sentada la solidaridad que tienen la obligación de atender a una causa tan justa que defendemos en pro de nuestro país, y al mismo tiempo la liberación de la clase trabajadora del mundo.

Poco se hace en este sentido, haciendo la salvedad de la gran Rusia, que desde el primer momento es incondicional a nuestra causa en todos sus aspectos.

Camaradas: ¿No nos sería fácil vencer, cuando somos los más y los mejores, en un plano internacional, al capitalismo, que es el ave de rapina que engendra las guerras?

Si los trabajadores fuéramos conscientes y nos uniéramos, no habría más guerras y terminaríamos con todos los privilegios de la clase poderosa.

Si esto es así, ¿por qué no se hace?

Cuando sabemos que al capitalismo le ha llegado su hora, ¿por qué no aceleramos su caída vertical y forjamos la economía socialista? De esta forma quedarán terminadas las guerras para siempre.

Sí, camaradas. Este Gobierno es el de la victoria, siempre que los trabajadores estemos a la altura de las circunstancias.

Los momentos que vivimos no son de vacilaciones, sino de convertir las teorías en cosas prácticas.

¿Conviene a la clase trabajadora, mirando sus intereses como clase, unificarse en la gran familia de los trabajadores?

Pues si esto es así, manos a la obra, y de esta forma daremos la sensación al mundo de que estamos a la altura del momento histórico que vivimos. La clase trabajadora tiene la palabra entre esclavitud o liberación.

Camaradas: Fijémonos en los escritos del apóstol del Socialismo. Marx ha dicho que los trabajadores no tenemos que perder más que las cadenas que nos oprimen y ganar un mundo nuevo.

Para llevar a la práctica este contenido y ser consecuentes en el gran ideal no hay más que una consigna: unidad, no como teoría, sino como práctica.

Realizando este contenido, la frase del gran maestro: «¡Proletarios de todos los países, uníos!», la pondremos en el montículo más alto de nuestra liberación.

B. PRIETO

Movimientos personalistas, ¡no!

Actividad pro unidad, ¡sí!!!

Camaradas: No es posible permanecer más tiempo en silencio cuando está puesta en juego la unión de todos los trabajadores como base de la victoria de nuestro pueblo.

Precisamente en estos momentos, cuando la retaguardia fascista acusa una descomposición cada vez mayor, la nuestra tiene que responder de una manera eficiente a la consolidación del triunfo.

Nadie desconoce, en efecto, que en la zona leal hay una mayor coordinación y, sobre todo, un deseo unánime de contribuir a la victoria final. Pero no basta esto. Nos falta esgrimir un arma que sea la única que dé muerte al fascismo invasor, y ésta es la unidad.

¡La unidad, camaradas! ¡Cuánto se ha dicho, cuánto se ha escrito y se viene poetizando sobre este tema, tan importante! Pero lo que sí es verdad y nadie puede negarlo es que nada positivo se ha hecho para lograrla.

¿Ignorancia del valor que en sí tiene? ¿Falta de medios para realizarlo? No. Ni lo uno ni lo otro. Nadie ignora, como dejó apuntado anteriormente, que supone el triunfo, como asimismo que sobran medios para hacerla, puesto que todos los trabajadores la deseamos.

Entonces, nos preguntamos, ¿quién la detiene?

¡Ah, camaradas! Nadie y todos la detenemos mientras no manifestemos abiertamente y donde sea que es necesario realizarla, que debe ser un hecho inmediato, ya que moralmente — y materialmente, ¿por qué no? — está hecha por la base. Sabemos bien cuáles son los medios a seguir. Yendo sobre las causas que la impiden, huelga que se nos trace el camino.

Ahora bien: de ninguna manera vamos a callar una cosa que seguramente roe la conciencia de quienes, admitimos que de una forma inconsciente, colocan en segundo término la unidad del proletariado para atender en primer plano satisfacciones pueriles en torno a equis personas. Aquí no interesan Pérez ni Fernández solos. Aquí, y quede bien grabado en las mentes errantes de estos compañeros, nos interesan muy mucho todos los Pérez y Fernández, como toda clase de apellidos, que, al fin y a la postre, son los que por su mayoría contribuyen al aplastamiento del enemigo.

Es vergonzoso que todo un conjunto de apellidos diversos estén pendientes de uno que representa a un solo personaje, porque éste ha sido o ha podido ser zaherido por tal o cual persona. ¡Nada, hombre, que lo ventilen ellos! Por encima de la causa común no están las cuestiones de amor propio personal. Y digo «personal» por si alguno está en la creencia de que es colectivo. No hay colectividad que valga. Nadie milita en un partido u organización sindical en torno a una figura más o menos destacada del mismo, sino en torno a una doctrina y unos postulados que tenemos el deber de salvaguardar, y que no pueden equipararse a nadie, por muy grande que sea o fuese su figura. La Historia nos enseña cómo pueden sucederse los hombres unos a otros por diversos motivos; pero de ninguna forma sufrieron detrimento las doctrinas. Ellas siguen intactas, porque son inmaculadas.

Luego si éstas no son susceptibles de modificarse y de hacernos rectificar una creencia, ¿por qué vamos a sentirnos inactivos, si la Historia, en este caso, nos señala la unión como único medio viable de salvar nuestras doctrinas y con ellas los postulados del pueblo?

¿Vamos a poner en peligro cuestiones tan importantes?

Inclinémonos por este mandato de la Historia, poniendo nuestra unidad por encima de todos los personalismos, y que no tome cuerpo ni un minuto más la insidia personificada en sectarismos de servidumbre.

Se han acabado los imprescindibles de antaño. El pueblo seguirá su lucha fiel al objetivo que lo levantó en armas. Y si en ella ha caído alguien, otro en su puesto, y adelante por la victoria; que al caído la Historia le rendirá el homenaje que se merece.

¡Por un solo partido del proletariado! ¡Por una sola central sindical! ¡Por nuestro amantísimo pueblo! ¡Adelante los trabajadores!

MOLINA

Algunas consideraciones del momento

La casi totalidad del trabajo de nuestra industria está consagrado a las necesidades de la guerra. No son momentos de adular, sino de que cada uno en su puesto de lucha cumpla con su deber, siendo este el principio que ha inspirado desde el comienzo del movimiento a nuestros afiliados. Así podemos darnos por satisfechos en cuanto a eso se refiere; pero hay más, y es que no nos podemos dar por conformes, porque el momento histórico en que vivimos lo reclama, habiendo necesidad de imponerse ante los problemas que la misma situación va produciendo.

Nuestro periódico EL TRABAJO es de todos, como muy justamente, en el fondo del número anterior, exponía nuestro camarada Parazuelos. En él caben todas las opiniones que en un sentido progresivo orienten a la opinión de sus lectores, que son todos los afiliados.

Es necesario que nos vayamos acostumbrando a llevar al papel el fruto de nuestro pensamiento y a estudiar nuestros propios problemas en toda su amplitud, dando de lado a las pequeñas cosas y fijando aquella orientación que más de acuerdo esté con los momentos graves que vivimos.

Desechemos esa vieja costumbre que suponía censurar a este o aquel organismo de una forma irresponsable. En bien de la causa, tenemos que contribuir a elevar el nivel cultural de aquellos camaradas que lo necesitan, de lo que bien faltos estamos los trabajadores; siendo, por tanto, el enemigo que todos llevamos dentro, cuya consecuencia es lo que más arriba apuntamos.

Hay que estudiar, hay que superarse, haciendo un pequeño esfuerzo en este sentido. El futuro próximo, después de obtenido el triunfo, será tanto más halagüeño cuanto más capacidad haya en la parte dirigente, y para esto hemos de sentirnos dirigentes todos. En la medida que nos ocupemos de estudiar los problemas que más de cerca nos afectan, entonces será cuando seamos nosotros mismos los que, a través de los amargos recuerdos, debido a la herencia recibida — herencia que tenemos que desterrar si queremos servir a la causa de una manera consciente —, reconozcamos los errores cuando los haya y los corriamos cuando así nuestros órganos superiores los reconozcan.

Son momentos de gran preocupación. Una de importancia vital para el Gobierno del Frente popular es la de facilitar el acceso a todos los grados de la enseñanza al pueblo laborioso, dejando así de ser un privilegio conocer los secretos de la ciencia, dominar por el arma del saber, como sucedía a los que, por su condición de parias del trabajo, antes no estaban considerados más que para ser los eternos burros de carga. Hoy no ocurrirá eso. De los futuros arquitectos y demás técnicos de nuestra industria respondemos como fuerza que estarán al servicio de la colectividad y no del amo, como antes ocurría. Para esto, si así deseamos que sea, tenemos que seguir las orientaciones que nos marquen las Directivas que emanan de los órganos rectores representados en el Gobierno del Frente popular.

Nuestra conducta debe estar hoy sometida a lo que las necesidades de la guerra determinan. Aprestémonos a defenderla, a continuar con el mis-

mo espíritu de sacrificio que al principio de la sublevación, y así venceremos y ganaremos la guerra.

Hay compañeros que aún no han comprendido en todo su fondo la significación de nuestra lucha, ya sea por el poco tiempo que llevan organizados o por su escaso nivel político, cultural y sindical. A estos compañeros hay necesidad de orientarles por esos otros que, sintiendo la significación de la guerra, tienen un concepto justo sobre la necesidad de dar en todas las actividades el máximo rendimiento. A los primeros hay que atraerlos. ¿Cómo? Muy sencillamente: con la persuasión, con la clarividencia y el fino instinto que caracterizan a nuestra clase. Con esa disciplina, conscientemente impuesta, vamos a todas partes, consiguiendo así adelantar mucho terreno.

Acordémonos de cuando estábamos al servicio del patrono. ¡Cuánto teníamos que trabajar! Hoy, que trabajamos para la causa, o sea que nadie nos explota, hemos de hacer cuanto esté a nuestro alcance por cumplir aquello que nos manden. Cuanto en esta medida se haga, nuestra moral se verá fortalecida y nuestra autoridad elevada sobre aquellos que desestimen estas indicaciones.

Una consideración de este momento histórico, al cual no podemos sustraernos de intervenir, es la que se refiere a lo ocurrido con nueve de las Federaciones de industria de nuestra gloriosa central sindical, por motivos de orden interno, de índole reglamentaria, según alegan.

No podemos ante este hecho permanecer mudos, y exponemos nuestra protesta, con el freno que imponen las circunstancias, ya que trabajando por la unidad del proletariado, tanto en el orden sindical como en el político, esta resolución adoptada por la Comisión ejecutiva sólo entraña una discrepancia entre los compañeros de la misma, que puede repararse mediante la celebración de una reunión de su Comité nacional, por lo que innumerables Secciones se han movilizado en este sentido.

Así que desde estas columnas yo recabo de nuestros compañeros afiliados que, en atención a las circunstancias, se mantengan con la disciplina que el actual momento aconseja. Cada uno en su puesto de lucha; pero estudiando todas aquellas cuestiones en las que se vea alguna cosa que sea precisa la intervención de los mismos.

Manuel ROMERO

Vaya mi charla

Y ésta dedicada al problema que hoy, por encima de nuestras rencillas internas, interesa a todos: al internacional.

Grandes acontecimientos se han desarrollado en el pasado mes, en los que nuestra causa ganó lo que en este plano puede. No conviene olvidar que la guerra, mientras persista, es en las trincheras o parapetos donde se gana.

Primero, la Conferencia de Nyón. En ésta, de la que injustamente fuimos excluidos, imperó el sentido común, al que estamos acostumbrados que se dé de lado, cristalizando sus acuerdos en hechos que, si se producen, obligarán a los países fascistas interesados en nuestro pleito a rectificar su conducta o, al contrario, a desenmascararse.

La U. R. S. S., con su clara conducta, lo ha conseguido. Con ésta no sirven manejos diplomáticos a la vie-

ja usanza. Juego limpio es su lema, y aquel que no entre en la partida, como testigo no tiene puesto, a pesar de la debilidad manifiesta que significa la sola admisión de la representación, aunque sólo sea platónica, del fascismo sublevado.

La Sociedad de Naciones, creada para aunar el pensamiento de aquellos que quizá en un sueño pretendieron la posibilidad de que este organismo les facilitara el medio de resolver sus cuestiones en un plano jurídico, se reunió en Ginebra, librándose una batalla tan interesante que puede ser, aunque esto sorprenda, la más importante de nuestros frentes.

Los Estados totalitarios son insociables y han de recurrir a todos los medios imaginables para, a la par que invaden con sus ejércitos nuestro suelo, procurar catequizar a aquellas naciones que, olvidándose de sus deberes, no lo obstaculicen.

Nyón, aunque con reservas, nos brinda un pacto que, de cumplirse, dará al traste con las maniobras de los países que en la impunidad interceptaban el libre comercio marítimo con nuestro pueblo. Francia e Inglaterra, mirando sólo por sus intereses, prometen la vigilancia del Mediterráneo para, por primera vez, tratar de salvaguardar la moralidad internacional, tan maltratada en estos tiempos pasados por quienes ejercieron una autoridad con el beneplácito de ellas.

Rusia, dando, como siempre, su nota en contra de la diplomacia subterránea, puso el dedo en la llaga forzando a determinaciones que, aunque con su ausencia material, era inevitable aceptar.

No es necesario tener mucho optimismo para reconocer que en el aspecto internacional hemos mejorado. Cuatro grandes potencias se han decidido a reconocer nuestro derecho, y así lo expondrán en la reunión de la Sociedad de Naciones, que al parecer trata de rehabilitarse de sus fracasos pasados. Fe en el porvenir, que no cabe duda que nos pertenece, tenemos. Nuestra guerra traspasó ya las fronteras, y, como no podía menos de suceder, los fuertes aldabonazos dados en ellas repercutirán en aquellos que por egoísmo tenían que escucharlos.

Nuestra voz tuvo tal resonancia en el comicio internacional, que aun aquellas naciones que acudieron a él con criterio prejuizado tuvieron que rendirse a la evidencia, dándonos lo que en justicia merecemos: la razón, puesto que otra cosa nuestra representación no reclamaba. Ella nos basta para vencer frente a los traidores que no tuvieron escrúpulo en vender su patria al extranjero a cambio de una dominación hipotética.

Ginebra nos rehabilita ante la faz del mundo. No importa la indiferencia con que vió nuestro pleito tras los quince meses de duración de éste. El refrán «Más vale tarde que nunca» cobra actualidad. Lamentablemente, la política por ella seguida no solamente no alejó el peligro de la conflagración, sino que con su sistema de tolerancia ha estado a punto de suscitarlo.

Vuelvo a insistir. No es el optimismo, sino la realidad, lo que tiene que darnos ánimos para continuar la lucha, que, a pesar de los acuerdos internacionales, hemos de sostener hasta el final, para el logro de nuestras aspiraciones de independencia y justicia, amenazadas por la invasión fascista de los países que desean arrebatarlas.

UN AFILIADO